



INES GARBER

Emily & Jake

Amores platónicos, 4

matchstories

Emily & Jake

Amores platónicos, 4

Ines Garber

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Ines Garber, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30919-2

Depósito legal: B. 14.651-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.





—Vas a conseguir que suspenda Biología —me quejé una vez que llegamos al comedor del instituto.

Se trataba solo de una broma; que Jake me distrajese durante las clases no había afectado en absoluto a mis notas. En realidad, me encantaba.

—¿Perdona? Eres tú la que me distrae a mí. —Fingió sentirse ofendido.

—Yo no he sido quien ha empezado a dibujar en mi libreta.

—He dibujado una abejita. Técnicamente, está relacionado con la biología.

Tomamos asiento en la mesa donde nos esperaban el resto de nuestros amigos y sacamos nuestras respectivas fiambreras. La de Jake era el doble de grande que la mía.

—Colaría si no estuviésemos dando la anatomía del cuerpo humano —seguí discutiendo con él a modo de broma.

Antes de que pudiera pinchar el primer macarrón integral de mi ensalada de pasta, Jake alzó un brazo y cogió un mechón de mi pelo con mucha delicadeza.

—¿Te has teñido? —señaló—. En clase ya me lo ha parecido, pero no se veía tan bien. El caso es que juraría que esto estaba más amarillo ayer.

Jake siempre se daba cuenta de los cambios en mi apariencia, por pequeños que fueran, y esa atención me gustaba tanto como me aterraba. Intenté actuar con indiferencia, pero mi corazón martilleaba como loco. Cualquier comentario suyo sobre mi apariencia siempre me hacía sentir más vulnerable. Más expuesta.

—Lo he matizado —corregí.

Me había teñido las puntas de rubio varios meses atrás, y no me disgustaba. Mi padre me recordaba a menudo que prefería mi color natural, pero también admitía que el rubio resaltaba mi piel trigueña y que no me quedaba mal del todo. Jake le había dado la razón siempre que lo había mencionado cuando él estaba presente.

—Te queda bien —dijo al cabo de un segundo y, por un instante, me pareció que su voz había sonado más suave.

—A mí me gustaría teñirme el pelo de negro, pero creo que me haría parecer más blanca de lo que ya soy —se quejó Samantha de repente, rompiendo el momento.

Traté de imaginarla con un tono oscuro de pelo. Aunque tenía la certeza de que le favorecería porque resaltaría el verde de sus ojos —y porque a las chicas como Samantha les quedaba bien cualquier cosa—, la imagen me resultó extraña. Estaba acostumbrada al tono claro de su cabello, que casi parecía blanco bajo las intensas luces del comedor.

—Yo creo que te quedaría genial —aportó Mark justo antes de darle un beso en la mejilla. Habían comenzado a salir en primero y llevaban juntos desde entonces. Eran la pareja más adorable que conocía.

—Pretendo aprovechar este fin de semana para salir de fiesta —cambió de tema Jake al cabo de un rato. Sabía por qué lo decía: sus padres iban a estar fuera, por lo que no tendría toque de queda. Además, aún quedaba mucho para la

época de exámenes y hasta entonces teníamos los fines de semana libres—. ¿Quién se apunta?

Mark soltó un suspiro.

—Yo no puedo. Les prometí a mis hermanos que iría con ellos a la bolera.

—Yo sí que voy —se animó Samantha. Luego me miró a mí, esperanzada.

—Yo también.

—Perfecto. Con Ethan ni cuento, que ya sé que tiene cosas más importantes en las que pensar —apuntó Jake, lanzándole una mirada burlona.

Ethan, que estaba sentado a su otro lado, le respondió con un codazo suave.

—No hables de mí como si no estuviera aquí.

—No es culpa mía que tu mente esté en otra parte —replicó Jake con esa sonrisa traviesa que siempre me hacía sentir un cosquilleo en el estómago.

Busqué con la mirada la mesa donde Kate, la hermana pequeña de Jake, estaba sentada. La encontré de inmediato, justo enfrente de nosotros. Charlaba con sus amigas, pero de vez en cuando sus ojos se desviaban hacia Ethan. Seguro que él también lo había notado; después de todo, siempre parecía ser consciente de su presencia.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? —Su tono fue tan ligero que la pregunta perdió cualquier atisbo de brusquedad. Todos sabíamos que, en realidad, le encantaba que habláramos de su relación con Kate, como si eso la hiciera más real, más oficial.

—Pero si el asunto en el que estás pensando me incumbe a mí también —se quejó Jake.

Picar a sus amigos era uno de sus pasatiempos favoritos, y esa chispa en sus ojos dejaba claro cuánto disfrutaba del mo-

mento. Ethan negó con la cabeza, sonriendo, antes de decidir que ignorar a su amigo era la mejor opción.

El almuerzo terminó demasiado rápido, y pronto nos dirigimos a nuestras taquillas para coger los libros de la siguiente clase. La mía estaba junto a la de Mark, un poco apartada de las del resto del grupo.

Mientras buscaba mis libros, sentí una presencia a mi espalda. No tuve que girarme para saber que era Jake; su inconfundible aroma y la manera despreocupada con la que siempre invadía mi espacio personal lo delataban. Uno de sus brazos se apoyó sobre mi cabeza y sacudió un papel pequeño frente a mis ojos.

—Te has dejado mi dibujo en mi libreta. —Cogí el papel para ver de qué dibujo hablaba. Era la abeja que él había hecho durante la clase—. He firmado la hoja por detrás. Ahora ya puedes ir por ahí pavoneándote de haber conseguido un autógrafo mío.

Me giré bruscamente. La poca distancia que nos separaba nos tomó por sorpresa a los dos. Por un instante, me quedé sin aire. Los latidos de mi corazón se dispararon. Jake era bastante más alto que yo, y allí, frente a él, me sentía diminuta. De haber querido besarlo, habría tenido que ponerme de puntillas.

«No pienses en besarlo», me ordené, ignorando cómo mis pensamientos se volvían rebeldes cada vez que él estaba cerca.

Coloqué las manos en su pecho y lo aparté suavemente. El calor de su cuerpo traspasaba la tela de su camiseta y, por un momento, me quedé con la sensación de ese contacto.

—Si quisiera sentirme orgullosa de haber obtenido un autógrafo, se lo pediría a Ethan. Al menos él sí tiene probabilidades de hacerse famoso.

Jake se llevó una mano al pecho, justo donde mis manos

habían estado segundos antes. Hizo un puchero tan exagerado que no pude evitar sonreír.

—Me hieres. Pensaba que mi abejita te había conmovido.

—En clase te he dicho que me parecía adorable —admití—, pero no porque fuese una obra de arte.

—El arte está hecho para transmitir sentimientos —replicó con ese tono serio que usaba cuando intentaba parecer más profundo de lo que era—. Y si tú has sonreído al verlo, entonces tengo derecho a considerar mi dibujo una obra de arte.

Me reí y guardé la hoja en el bolsillo delantero de mi mochila.

—Tú también sonreías mientras jugábamos al tres en raya. ¿Significa eso que el juego también es arte?

—No creo. Quizá no es el juego, sino con quién lo juegas —reflexionó—. A lo mejor eres tú quien es arte.

Mi corazón volvió a acelerarse, y luché contra la necesidad de bajar la mirada. A esas alturas ya debería haberme acostumbrado a los comentarios que a Jake le daba por hacer de vez en cuando. El problema era que siempre los soltaba cuando menos me lo esperaba, pillándome desprevenida.

—A lo mejor. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

Jake sonrió aún más, como si mi reacción le hubiera dado justo lo que buscaba. ¿Acaso siempre iba a darse por satisfecho, respondiera como respondiese?

Me giré, cogí mi estuche y cerré la taquilla. Jake seguía allí, mirándome como si tuviera todo el tiempo del mundo. Alcé una ceja.

—¿Vas a ir a por tus cosas o vas a hacerme de guardaespaldas hasta la siguiente clase? —me metí yo con él esa vez.

—No se me daría nada mal, oye. —Hizo una pose con los brazos cruzados, marcando músculo.

Cómo le gustaba lucirse. No había un solo día en que no mencionara lo que había conseguido en sus sesiones de gimnasio.

«Has llegado seis años tarde», quise decir, pero, en su lugar, negué con la cabeza y sonreí.

En realidad, no es que él hubiese llegado tarde. Era solo que deseaba con todas mis fuerzas haber conocido a alguien como él mucho antes.



Dejé caer la bolsa de deporte en el suelo de la entrada y me quité los zapatos. Estaba menos cansada que otros días, ya que el entrenamiento no había sido especialmente duro. Había patinado una hora y media, pero no me habría importado quedarme una hora más.

Nada más cruzar el pasillo, un olor a lentejas me inundó la nariz. El estómago me rugió. No había comido nada desde mediodía, y ya eran las nueve y media de la noche.

Encontré a mi padre en el sofá con el ordenador sobre el regazo y las gafas puestas. Se giró para verme en cuanto abrí la puerta.

—Hola —saludé.

—Hola. ¿Qué tal el entreno?

—Bien. Hoy hemos hablado sobre la liga nacional, pero las prácticas no empiezan hasta la primera semana de octubre —comenté mientras me quitaba la cazadora y la dejaba sobre el apoyabrazos del sofá—. ¿Has cenado?

Sabía cuál iba a ser la respuesta incluso antes de que negara con la cabeza.

—Te estaba esperando.

Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina conmigo. Me sentía un poco culpable por obligarlo a esperarme todos los días para cenar. Por lo general, él llegaba sobre las siete de la tarde y, como en el trabajo apenas tenía tiempo para comer, venía tan hambriento como yo lo estaba en ese momento.

No obstante, no protesté y tampoco insistí en que no tenía por qué hacerlo. Ya lo habíamos hablado miles de veces y él no daba nunca su brazo a torcer.

La culpa era mía. Le había dado motivos suficientes para no confiar en mí.

Sirvió dos platos de lentejas y los colocó sobre la mesa mientras yo preparaba todo lo demás. Mientras cenábamos, me preguntó cómo me había ido el día. Estuvimos hablando de los últimos proyectos editoriales en los que él estaba trabajando y me contó algunas cosas sobre Sophie, la mujer con la que estaba saliendo.

—Me parece muy bien que vayas a pasar el sábado con ella, pero ¿cuándo me la vas a presentar? —lo presioné.

Llevaban tres meses juntos y yo no había llegado a conocerla aún. Ni siquiera sabía cómo se las había ingeniado para mantenerla tan oculta. Era casi como si estuviese intentando eso precisamente, y yo no lo entendía. Había muy pocos secretos entre mi padre y yo. Me conocía mejor que nadie... a pesar de que no le había contado nunca con detalles lo ocurrido años atrás; le bastaba con saber cómo me afectaba. Por eso, que se limitase tan solo a hablar de su nueva novia me parecía un poco injusto. Si había una persona importante en su vida, tenía derecho a conocerla.

—El sábado se lo comentaré. —Alcé una ceja, escéptica, y, en respuesta, recibí una mirada dulce y seria, seguida de un—: Lo prometo.

—¿Por qué te preocupa tanto que nos conozcamos?

—Es un cambio grande. Ya nos hemos acostumbrado a estar solos tú y yo.

—Puedo lidiar con tu nueva pareja y una hermanastra —aseguré. Porque, sí, la novia de mi padre tenía también una hija.

—Lo sé. Por eso te acabo de prometer que las conocerás dentro de poco.

Fruncí el ceño, pero acabé aceptándolo.

Fregamos los platos juntos nada más terminar de comer y mi padre se fue directamente a la cama después de eso. Yo me estaba muriendo de sueño también, pero me mantuve despierta hasta medianoche para hablar por teléfono con Jake. Era una costumbre que habíamos adquirido poco tiempo atrás; charlábamos mientras él jugaba al ordenador y yo aprovechaba para hacer cualquier otra cosa, como pintarme las uñas.

Solté un largo bostezo que llamó la atención de Jake.

—¿Tienes sueño? —me preguntó—. Es tarde, igual deberías irte a la cama.

Negué con la cabeza, aunque no podía verme.

—Me apetece seguir hablando contigo.

—Claro, porque escucharme maldecir debe de ser divertidísimo.

Solo había visto a Jake enfadarse de verdad jugando a su videojuego favorito. Antes de conocer esa faceta suya, llegué a pensar que no era capaz de irritarse con nada. Luego descubrí que, cuando iba perdiendo por culpa de su equipo o del equipo rival, se transformaba en alguien cuyo vocabulario se limitaba a insultos.

—Este Kayn es más corto que febrero —murmuró en ese preciso instante—. Menos mal que para respirar no hay que pensar, que, si no, se ahoga.

Solté una carcajada aguda, de esas que solo me salían cuando hablaba con él.

—Sí que es divertido. Tienes carisma hasta cuando estás enfadado.

—Dudo que el imbécil al que le acabo de escribir que sería mejor que se dedicara a jugar al parchís opine lo mismo.

—Mientras se lo digas a él y no a mí...

—A ti nunca te enviaría a jugar al parchís, Ems.

Volví a reírme, esa vez más tímidamente. A veces me molestaba que me hiciera sentir especial con tanta facilidad, pero la mayoría del tiempo me encantaba.

Jake me transformaba en la clase de chica que siempre había querido ser: la que sonreía cuando charlaba con el chico que le gustaba en lugar de la que se preocupaba de que se estuviera riendo de ella en secreto.

—Pero podrías hacerlo. Mucha gente paga su enfado con los que están a su alrededor.

—Lo sé, créeme —bajó un poco la voz e hizo una pausa breve—. Yo era así de pequeño. Era muy mal perdedor y me daban ataques de ira. Tardé bastante en corregirlo.

Observé mis recién pintadas uñas mientras pensaba en lo que me había contado. Precisamente por eso me gustaban las llamadas nocturnas: porque aprendía cosas que no sabía sobre él y me sentía a gusto al pensar que cada vez lo conocía un poco mejor.

Se me escapó otro bostezo.

—Ems, vete a dormir. A mí también me encanta hablar contigo, pero podemos seguir mañana.

Dudé un par de segundos. Siempre me costaba finalizar las llamadas porque quería seguir escuchándolo. Me habría encantado hacerlo toda la noche, o al menos hasta quedarme dormida. Sin embargo, se me estaban comenzando a cerrar

los ojos y mis uñas ya estaban completamente secas. No había ninguna excusa que pudiese ponerme a mí misma para seguir charlando con él.

—Está bien —acepté—, pero tú también deberías acostarte ya. Nada de una partida más, que los dos sabemos cómo acaba eso.

Oí la risa de Jake al otro lado de la línea.

—Vale, esta partida es la última.

—Bien —asentí—. Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, Ems. Descansa.

Nada más pulsar el botón rojo, la habitación se sumió en un silencio absoluto. Dejé el móvil cargando sobre mi mesita de noche y me tapé con el edredón de mi cama. Cerré los ojos y dejé que el cansancio hiciera su trabajo.

Tardé poco en dormirme, pero no me sorprendió; desde que hablaba con Jake antes de acostarme, mis noches eran mucho más tranquilas.



Bajé del autobús frente a la casa de Samantha. Habíamos quedado allí para ir juntos a la discoteca y yo llegaba con un poco de retraso (no por mi culpa, sino por culpa del autobús).

Sam vivía con sus padres y su hermana pequeña en un edificio pequeño situado en el centro de la ciudad. Nos solíamos reunir en su casa porque era lo más cómodo; estaba mucho más cerca de los clubes nocturnos y los bares de la ciudad.

Atravesé el vestíbulo, decorado con una pared de espejos, y entré en el ascensor. Sam me abrió la puerta y sentí

una punzada de envidia al verla. Llevaba puesto un vestido negro ajustado que remarcaba lo estrecha que era su cintura y una chaqueta de cuero que le quedaba estupendamente.

Traté de no pensar en mi propia vestimenta, ni en cómo me quedaba, aunque un molesto eco me susurraba en mis pensamientos que debería haberme puesto algo más holgado que disimulara lo abultado de mi abdomen.

Cuando me había vestido en casa, me había dicho a mí misma que aquel top, combinado con la minifalda de tubo, me quedaba bien. Y me había creído. Pero en ese momento, en el que podía compararme con chicas como Samantha, empezaba a dudar.

Por suerte, Jake apareció antes de que se pudiese crear un bucle negativo en mi mente.

—Joder, otra que viene a intentar eclipsarme —resopló nada más verme—. Menos mal que soy guapísimo, o esto sería bastante injusto.

Me relajé al instante. No quería depender de su opinión para sentirme bien conmigo misma, pero tampoco podía ignorar el alivio que sentía cuando Jake admitía que le parecía guapa.

Sam rio y negó con la cabeza.

—¿Estáis listos? —quise saber.

—Lo preguntas como si no te hubiésemos estado esperando unos veinte minutos —se burló Jake.

—No ha sido culpa mía. El autobús se ha averiado.

—Bueno, dentro de poco no tendrás que preocuparte por eso. —Me guiñó un ojo—. Cuando me saque el carnet de conducir te dejaré usarme de chófer las veces que quieras.

—Por favor, no me lo recuerdes —me quejé.

Había intentado sacarme el permiso de conducir meses

atrás, nada más cumplir los dieciocho, y no había salido nada bien. Aprobé el teórico por los pelos, y el práctico lo suspendí con creces.

Sam fue hasta el salón para coger su bolso y se lo colgó del hombro. Era negro y diminuto; combinaba muy bien con el resto del conjunto. Sacudió la cabeza ligeramente, haciendo que su cabello, esa noche ondulado, se moviese de un lado a otro con gracia.

—¿Nos vamos?

Asentí en silencio.

—No, espera. —Jake sonrió con picardía mientras sacaba su teléfono del bolsillo—. Casi se me olvida. Tengo que hacer una llamada.

Se colocó el móvil junto a la oreja sin dejar de sonreír. Miré a Sam confusa, pero esta se encogió de hombros, indicándome que tampoco tenía ni idea de lo que se traía entre manos.

Lo miré detenidamente y no pude evitar pensar en lo atractivo que me parecía. Era un pensamiento que siempre tenía cuando estaba cerca de él, como un eco constante que no desaparecía, pero que tampoco me molestaba. A decir verdad, me resultaba bastante agradable poder pensar en eso en vez de en cualquier otra cosa.

En esa ocasión vestía unos vaqueros azules y una camiseta blanca. Llevaba puesta una cazadora negra que le daba un aspecto rebelde y contrastaba con su personalidad agradable y jovial. Sonreía mientras hablaba por teléfono, y su sonrisa era tan amplia que llegaba a ser contagiosa.

—Se te va a caer la baba —se burló Sam en voz baja. Aparté la mirada de Jake de inmediato, avergonzada—. Vaya, no debería haber dicho nada. Siento haberte estropeado las vistas.

—No has estropeado nada, solo estaba escuchando de lo que hablaban —mentí.

A Sam no le convenció mi respuesta en absoluto. Tanto ella como Ethan y Mark se habían dado cuenta hacía tiempo de lo que sentía por Jake. Nadie lo mencionaba en voz alta y tampoco se hacían bromas al respecto en el grupo, pero todos eran conscientes de lo que ocurría.

Jake era el único que no había dado indicios de saber que me gustaba. Supongo que no es fácil preguntarle a alguien qué siente por ti —y agradecía que no lo hubiese hecho—, pero nunca me había dado a entender que era consciente de que sentía algo por él. No tenía ni idea de si lo intuía o si lo ignoraba.

Sea como fuere, resultaba un alivio que no hubiese sacado el tema todavía.

—He pensado que quizá te gustaría saber que Kate va a estar sola en casa hoy —le mencionó Jake a la persona con quien estaba hablando. Solo por esa frase, supe que se trataba de Ethan—. No, yo no he dicho nada de eso. Es solo que en estos momentos está teniendo una cita con un chico de su banda. Se llama Jensen, ¿no te ha hablado de él? El chaval está buenísimo, por cierto. Es el típico guitarrista que vuelve locas a las fans, y...

Por la forma en la que su sonrisa se ensanchó, intuí que Ethan lo había interrumpido, lo que significaba que Jake se había salido con la suya.

Maldito entrometido. Era una versión mucho más payasa de Cupido, aunque no podía negar que era igual de eficaz. Después de lo que le había dicho Jake, Ethan no resistiría la tentación de presentarse en casa de Kate.

Me pregunté si lo que fuese que Jake estuviera planeando terminaría bien, y también si él en algún momento había temi-

do al poner en juego su amistad con Ethan y el resto. Algo me decía que la respuesta a la segunda pregunta era un rotundo «no». Jake parecía no dudar nunca de sí mismo.

Jake soltó una carcajada genuina en cuanto finalizó la llamada. Se giró para mirarnos, con una expresión llena de diversión en el rostro, y dijo:

—Listo. ¿Nos vamos?